

LA TEOLOGÍA FEMINISTA: DIOS YA NO HABLA SÓLO EN MASCULINO

Ante la subordinación de la mujer en la sociedad tradicional y los intentos de acallar su voz, es preciso recordar que la percepción de la realidad no es neutra: se construye desde diversos a priori culturales. El a priori de las diferencias de género ha conducido al patriarcado. Intentar una interpretación de la realidad no excluyente, es el fundamento del feminismo. Esta tarea alcanza el campo de la religión recibida; porque la expresión de la revelación, como palabra encarnada, también se reviste y construye condicionada por el a priori del androcentrismo. Las mujeres necesitan hacer suya la salvación y contribuir al discurso religioso. Encontrar cómo hablar de Dios, descubrir los silencios o aspectos escondidos de la biblia, aplicar nuevos instrumentos de interpretación, ser voz profética y creadora de una realidad que no excluya a nadie, son tareas de la teología feminista.

A teoloxía feminista: Cando Deus deixa de falar só en masculino, Encrucillada XXXIII (2009) 246-263

Hoy nadie lo duda: la mujer es igual al varón y Dios está por encima de las diferencias sexuales humanas. En Él se manifiesta en plenitud lo que nuestra humanidad muestra de manera precaria. El

problema surge cuando, bajando a la realidad concreta, queremos hallar términos adecuados para expresar tal igualdad o para explicar cómo entendemos y vivenciamos la realidad divina.

LA REALIDAD DESDE EL OTRO LADO

A lo largo de la historia, muchas mujeres han sido conscientes de las diferencias reales entre los sexos. Esto las ha llevado a preguntarse qué razones sustentaban su lugar, siempre secundario, en la sociedad, y a cuestionarse la permanente ignorancia de sus experiencias por parte de la iglesia y de los teólogos, cuando se trataba de de-

finir o hablar de Dios. Lo expresó Teresa de Jesús en el Camino de Perfección (4.1) en un texto censurado y recientemente redescubierto: “No aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo, a las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis tanto amor y más fe que en los hombres,... No basta, Se-

ñor, que nos tiene el mundo acorraladas... que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni que osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habías de oír petición tan justa. No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo, que -como son hijos de Adán, y, en fin, todos varones- no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad y yo holgado que sea pública; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres”.

Nacimiento del feminismo

Hasta el siglo XIX, semejantes testimonios eran excepcionales e imperceptibles en la sociedad. La modernidad propició el nacimiento de una conciencia femenina, que configuró una reflexión propia y posibilitó la conquista de derechos y de espacios para las mujeres. Así nació el movimiento del “feminismo”, que, por su evolución y diversificación, hoy sería mejor llamar “feminismos”.

Como todo en la vida, el feminismo en sus diferentes formulaciones tiene también sus excesos, pero siempre se ha centrado en desenmascarar la falsa neutralidad

de la realidad, afirmando que nuestra percepción de ella está siempre situada y contextualizada. A partir de aquí el feminismo fue advirtiendo que la parcialidad de nuestra percepción de la realidad muchas veces iba en contra de las mujeres. Comenzó, pues, a cuestionar muchos a priori culturales que se tenían por evidentes pero que sólo eran una construcción cultural. Uno de los más significativos fue el que se refería a la construcción social alrededor de las diferencias sexuales.

Desde la antigüedad los sistemas sociales estaban basados en la preeminencia del varón sobre la mujer, es decir, lo que la teoría feminista denominó *patriarcado*; en él, la mujer quedaba en una situación subordinada que la hacía socialmente invisible. Darse cuenta de todo ello llevó a muchas mujeres y a algunos hombres a denunciar la desigualdad y la parcialidad con que se asignaban los roles y los espacios políticos en las sociedades y a cuestionar los discursos teóricos que las sustentaban: las diferencias de género.

Percatarse de que las diferencias sexuales no eran sólo una cuestión biológica, sino que sobre ellas se había edificado un modo de percibir el mundo y sobre todo de configurar las relaciones socio-políticas, fue una verdadera revolución que implicaba un cambio de paradigma que iba a afectar a la total cosmovisión de la realidad.

El nuevo paradigma que emer-

gía de la acción y de la reflexión feminista cuestionaba muchas creencias, símbolos e ideas que afectaban a todos los aspectos de la realidad y, por supuesto, también el religioso.

La teología feminista y sus líneas de reflexión

En ese humus fue emergiendo, a lo largo del siglo XX, la teología feminista como una urgencia de repensar también la fe desde el nuevo paradigma. Ayudó a ello el hecho de que cada vez más mujeres completaban estudios teológicos e incluso (en el ámbito anglosajón) ocupaban cátedras de teología en la universidad. Su experiencia vital, su mirada concreta sobre la realidad y la religión fue configurando un modo diferente de hacer teología, que implicaba también una revisión de la liturgia, de la moral y, ¡cómo no!, del mo-

do vigente de organizarse la vida eclesial.

Esta forma de afrontar la reflexión teológica, además de buscar reconstruir historias de mujeres dentro de la tradición cristiana, propone también la necesidad de una nueva epistemología y antropología que soporte un nuevo discurso sobre Dios. Por este camino va el intento de formular en claves nuevas la cristología, incluso más allá de la identidad masculina de Jesús que sigue condicionando la plena asunción de la experiencia salvadora por parte de las mujeres, y busca cómo afrontar el desafío de reformular las relaciones de poder y servicio dentro de la iglesia.

No podemos hablar de todos los aspectos que la teología feminista está proponiendo hoy, por ello nos centraremos en los que pueden ser básicos para definir sus grandes líneas de reflexión. Éstas serán la revelación, el lenguaje sobre Dios y la hermenéutica.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LOS SIGNIFICADOS

De todas las experiencias que el ser humano fue modelando y dotando de palabras está la intuición de que Dios tiene algo que ver con la historia. Cada cultura ha ido configurando su imagen de Dios e imaginando su modo de intervenir en la vida humana a partir de los fundamentos de su identidad y de sus construcciones sociales, económicas y políticas.

La biblia forma parte de ese largo camino de autodefinition humana en relación con el mundo y con la divinidad. En ella encontramos la experiencia religiosa en la que se fundamentan las comunidades judía y cristiana, encarnada en una historia larga y compleja. Estos escritos fueron una fuente para la fe a lo largo de muchos siglos y también espacio conflictivo

cuando los paradigmas culturales se fueron transformando y los esquemas sociales e ideológicos se distanciaron de los marcados en la formación de canon bíblico.

Neutralidad del discurso y autoridad de la escritura

Cuando en 1895 Elisabeth Cady Stanton y el grupo de mujeres que con ella comenzaron a leer la biblia desde una perspectiva diferente, publicaron *The Woman's Bible* (La biblia de la mujer) se puso de manifiesto que el discurso sobre Dios, incluso en la sagrada escritura, no era neutro (depende de dónde se lee y de quién extrae el mensaje). E iniciaron un movimiento que puso los cimientos de una nueva manera de acercarse a la escritura poniendo al descubierto los condicionamientos androcéntricos y patriarcales presentes ya en los textos y en sus interpretaciones.

Los estudios bíblicos realizados por mujeres fueron analizando y sacando a la luz los distintos elementos que fundamentaban las raíces patriarcales y androcéntricas de los textos, y sus variados puntos de vista destaparon la aguda cuestión sobre la comprensión de la autoridad de la escritura. Este problema está aún por resolver y formula de nuevo la cuestión de qué es la revelación y en qué medida el canon lo resuelve en su explicitación para la fe.

Texto inspirado y humano: continente y contenido

El hecho de que un texto sea canónico y se considere inspirado, no elimina que sea un producto humano condicionado histórica y culturalmente. Y esto se convierte en un desafío cuando hay que reflexionar sobre la presencia de las mujeres en la biblia como sujetos que hablan y actúan.

Una de las tareas más significativas que tiene entre manos la teología feminista es la de afrontar esta realidad, fruto de la encarnación de la palabra de Dios, formulando una nueva hermenéutica que supere el continente y que transparente de forma nueva el contenido. Para eso es necesaria una exégesis lúcida, fiel a nuestra época y valiente, capaz de iluminar caras ocultas de la revelación, y que evite sacralizar lo que es humano y deje que lo divino se enraíce de nuevo en lo mundano.

Este esfuerzo no es un mero ejercicio intelectual ni una búsqueda desesperada de razones que justifiquen desde la fe las demandas sociales, políticas o económicas de las mujeres. Como afirma Pannenberg categóricamente: “Las religiones mueren cuando pierden la capacidad de interpretar de forma convincente todo el abanico de experiencias actuales a la luz de su idea de Dios”.

Era necesario buscar marcos alternativos de interpretación para el estudio bíblico, histórico y teoló-

gico. Las teólogas feministas, con ayuda de otras disciplinas, rescataron los fragmentos de la historia de las mujeres en la biblia y en otros textos, buscaron en la exégesis y en un nuevo discurso teológico los espacios liberadores, ocultos durante siglos de mirada masculina, y empezaron a reivindicar nuevos lenguajes y prácticas eclesiales liberadoras e inclusivas, nacidos de las nuevas preguntas que su experiencia y su reflexión hacían emerger.

Han procurado, así, desarrollar un pensamiento teológico que no reproduzca ni sancione los sistemas de dominación y subordinación que imposibilitan la construcción de una identidad autónoma de las mujeres y de todos los sujetos y colectivos que han estado condenados a la marginación social. Más aún, pretenden liberar las posibilidades emancipadoras e igualitarias presentes en los textos sagrados, en las tradiciones religiosas y en las interpretaciones contemporáneas. De esta forma desean recrear no sólo las estructuras, sino también el mundo relacional y los espacios comunitarios de fe, contribuyendo a elaborar un discurso teológico que se oponga a cualquier opresión y discriminación. Como dice Elisabeth Schüssler Fiorenza: “La teología feminista debe tratar de capacitar a las mujeres para que se conviertan en sujetos teológicos, participen en la construcción crítica de los significados bíblico-teológicos, y proclamen su autoridad para hacerlo”.

Misterio y experiencia: nuevos parámetros

La cuestión a resolver es cómo decir, desde los cuestionamientos feministas, la palabra de Dios sin que ello suponga utilizar símbolos culturalmente obsoletos, sin que los conceptos que se le apliquen tengan mayoritariamente el género masculino y sin que la dialéctica entre misterio y experiencia se convierta en una abstracción intemporal, cerrada y dogmática.

La revelación sólo acontece como tal cuando reconocemos que tiene algo que ver con nosotros, con lo que nos construye como verdaderos seres humanos. Dicho en lenguaje cristiano, acontece “para nuestra salvación”. Y, por lo tanto, no puede recoger afirmaciones que vayan en detrimento de persona alguna, ni puede justificar ningún tipo de subordinación.

La constatación epocal de los condicionamientos culturales de la biblia y sus consecuencias negativas en la historia y la experiencia de las mujeres, es un llamamiento a resituar la reflexión en nuevos parámetros en los que definir los conceptos, para posibilitar nuevos ámbitos de experiencia donde encontrarse con la palabra de Dios. Como muy bien afirma Elisabeth Johnson, si se parte de una definición exclusivista de la revelación, corremos el riesgo de convertirla en “un freno a la articulación del misterio divino a la luz de la dignidad de las mujeres”.

Un encuentro nuevo con la revelación así entendida, a partir de la recuperación de la memoria histórica de las mujeres, no se sitúa en un espacio paralelo y enfrentado al oficial y ortodoxo, sino que brota de la honda y legítima convicción de que Dios se sigue dando en su palabra, sigue buscando dialogar con nuestros descubrimientos y realizaciones. En ellos Dios se revela superando el marco patriarcal y androcéntrico de los textos, haciéndonos caer en la cuenta de que no lo hemos escuchado todo sobre Él. La palabra bíblica funciona entonces como partera que ayuda a dar a luz la experiencia reveladora, siempre presente y siempre en trance de perderse.

Decir que Dios se revela desde la experiencia de las mujeres supone recuperar textos con protagonismo femenino, relanzar las metáforas femeninas de Dios, recordar las mujeres bíblicas, pero también reimaginar espacios de identidad creyente inclusivos, concebir dinámicas de resistencia al discurso religioso androcéntrico y facilitar experiencias que recuperen el au-

téntico acontecimiento salvífico del cristianismo. No olvidemos que la revelación parte de una experiencia de encuentro con la divinidad, no del concepto que nombramos y definimos, y esa experiencia se inscribe siempre en el presente y necesita seguir siendo verbalizada, encarnada y proclamada.

En esta encrucijada, el encuentro entre la biblia y el movimiento feminista sólo se puede dar si se recoloca la presencia de la mujer en la iglesia, ampliando conscientemente el número de voces que interpretan, viven y celebran la fe en una historia de seguimiento que, en palabras de E. Schlüsser Fiorenza, llamaríamos de discipulado de iguales, y que estaría simbolizada en la iglesia de las mujeres, como un espacio donde el movimiento feminista no esté ya en los márgenes de la institución eclesial, sino que personifique y encarne también la iglesia que vive en solidaridad con los pobres y oprimidos, posibilitando que la experiencia de la revelación se democratice y pierda su carácter dogmático, y así la palabra de Dios tenga nuevos registros e idiomas.

OTRA MANERA DE PERCIBIR A DIOS

La teología siempre ha buscado hablar correctamente sobre Dios porque, desde siempre, ha entendido que el modo cómo una comunidad de fe da forma al lenguaje sobre Dios representa implícitamente lo que ella entiende por el

mayor bien, la verdad profunda y la belleza más sugestiva. Dicho lenguaje, a su vez, moldea decisivamente la identidad corporativa de la comunidad y guía su praxis.

Las palabras sobre Dios, en de-

finitiva, son siempre creaciones culturales. El lenguaje cristiano que hemos heredado sobre Dios nació en un contexto en el que se percibía la mujer de modo subordinado e incompleto. En el momento en que las mujeres descubren otro modo de estar en el mundo y reivindican otros conceptos para pensar su identidad y para su praxis, la teología feminista siente también la necesidad de incorporar la experiencia de las mujeres en el discurso sobre Dios. Los desafíos que esto supone obligan de nuevo a preguntarse: ¿cuál es el modo adecuado de hablar de Dios?

Un nuevo hablar de Dios y sus retos

Las teólogas feministas comienzan a modelar un nuevo lenguaje sobre Dios, a partir de su propia experiencia, que pretende cambiar la perspectiva y sobre todo los imaginarios colectivos que, en definitiva, son siempre los que definen las praxis e inspiran los caminos de celebración, que son incluso casi más importantes que los discursos cuando se trata de expresar lo que queremos decir cuando decimos Dios.

Los cambios en el modo de pensar a Dios y de relacionarse con él, no están sólo en llamarlo madre o darle características femeninas, como la ternura, el amor o el servicio (que aplicados a mujeres siguen siendo *a priori* culturales). Quedarse ahí no sería ninguna no-

vedad, pues esto ya está en la biblia, aunque no haya servido para igualar la experiencia de las mujeres a la de los varones. Se trata de que el nuevo hablar de Dios desmonte y cambie las estructuras, deje sin justificación las discriminaciones y abra nuevas visiones del mundo y de la comunidad, de modo que emerjan nuevos valores y principios más liberadores e igualitarios. Como afirma claramente Rosemary Radford Reuther: “El principio crítico de la teología feminista consiste en promocionar la plena humanidad de las mujeres. [...] todo lo que empequeñece o niega la plena humanidad de las mujeres no puede ser considerado reflejo divino ni en auténtica relación con lo divino, ni un reflejo de la verdadera naturaleza de las cosas, ni mensaje u obra de un auténtico redentor o de la comunidad de redención. Este principio negativo implica también uno positivo: aquello que promueve la plena humanidad de las mujeres viene del Espíritu Santo, refleja una verdadera relación con lo divino, constituye la plena naturaleza de las cosas, el auténtico mensaje de redención y la misión de la comunidad redentora”.

La teología hecha desde esta perspectiva descubre que muchas formulaciones de la divinidad en la tradición cristiana fueron humanamente opresivas y religiosamente idolátricas, porque nacían de los que tenían el poder, y justificaban las estructuras injustas.

Parezca o no relevante, el len-

guaje sexista socava la igualdad humana de la mujer que queda invisibilizada, neutralizada en su palabra. Por supuesto que no se libera a nadie hablando en femenino, pero puede ayudar a poner un “tú” distinto y plural cuando hablamos entre nosotros, y especialmente cuando le hablamos a Dios.

Cambiar el orden simbólico y las formulaciones sexistas

Es cierto que este esfuerzo liberador del lenguaje sobre Dios que busca la teología feminista va de la mano de otros esfuerzos teológicos para pensar a Dios en diversos contextos, que quieren ser también liberadores y encarnados. Con todo, sigue siendo necesario el esfuerzo de la teología feminista para reformular el concepto de la divinidad, pues a pesar de los intentos de formular metáforas femeninas para Dios, el culto y la doctrina siguen liderados por varones y la salvación sigue siendo masculina. Ya que no se trata sólo de dirigir la mirada de Dios hacia las zonas marginales de la sociedad, sino que hay que cambiar el orden simbólico, las formulaciones todavía sexistas presentes en la doctrina y en el imaginario cultural y religioso para que los que están en los márgenes puedan, por fin, estar en el centro.

Uno de los aspectos en los que se ve más clara la falsa neutralidad de la reflexión sobre Dios es en los conceptos e imágenes utilizadas

para definirlo. Es curioso constatar que la teología feminista se reduce a veces a un tramposo intento de hablar en femenino o de insistir en que Dios tiene rasgos femeninos. Esto es minimizar algo bastante más profundo. Se trata de aceptar la plena dignidad de las mujeres en la religión, tanto de derechos como de autoridad.

Como Elisabeth Johnson afirma: “Las mujeres de la comunidad católica están excluidas de la plena participación en el sistema sacramental, de los centros eclesiales donde se toman las decisiones importantes, se establecen normas y se elaboran símbolos, y de los roles de liderazgo público oficial, tanto en el gobierno como en la asamblea litúrgica. Están llamadas a dar culto a un Dios salvador masculino enviado por un Dios masculino cuyos legítimos representantes sólo pueden ser hombres, aspectos todos ellos que reducen sus personas, precisamente como femeninas, a un papel periférico. Se juzga que su feminidad no es adecuada para hablar de Dios. En una palabra, las mujeres ocupan un espacio marginal en la vida oficial de la iglesia: necesariamente están allí, pero con un valor limitado”.

Reformulación de la teología y la tradición

Con todo, la meta de la teología feminista no es darle la vuelta a la torta y cambiar el género del sistema opresor. Tampoco es con-

seguir un pedazo de ella. El esfuerzo de la teología feminista es hacer entre todos, hombres y mujeres, una nueva torta. No se trata, pues, de hacer pequeños y a veces incómodos cambios en el *status quo* sino una profunda reformulación de la teología y de la tradición. Ahí reside la clave y la profundidad de la reflexión teológica desde la perspectiva feminista.

Si todos y todas sabemos que Dios es espíritu y que por lo tanto no es hombre ni mujer y que, como afirma el Génesis, hombre y mujer están hechos a imagen y semejanza de Dios, ¿por qué es normal hablarle en masculino y tan difícil de entender que se pueda pronunciar su nombre también en femenino? La realidad es que to-

avía cuesta mucho separar a Dios de los rasgos masculinos que se le han ido atribuyendo a lo largo de la reflexión y vivencia cristianas, y lo que empezó como metáfora se ha convertido en esencia.

De todos modos, no basta con feminizar los símbolos y las imágenes sobre Dios; se trata de ser capaces de nombrar hoy a Dios de forma correcta y para ello es necesario que también se formule desde la experiencia de las mujeres. Esta experiencia ha de ser instancia crítica que denuncie los discursos opresores que oscurecen el mensaje liberador de la fe. Nosotras también tenemos una responsabilidad y una palabra autorizada para permitir que nuestro Dios se siga encarnando en la realidad.

EN MEMORIA DE ELLA

Así titula Elisabeth Schlüssler Fiorenza una de sus obras más significativas de teología feminista que trata de buscar una hermenéutica apropiada para que la teología feminista sea capaz hacer visible a la mujer en la fe, tanto en el pasado como en su caminar en el presente. Un intento que quiere dar respuesta desde la revelación y la tradición cristiana a las luchas de liberación y emancipación de la mujer en el mundo.

Los seres humanos necesitamos hacer palabra la realidad para poder comprenderla. Negarle a alguien la palabra es negarle parte

de su existencia y de su verdad. El fenómeno de la revelación, como vimos, es subsidiario del lenguaje y éste a su vez está marcado por las cosmovisiones que lo crean y por los acontecimientos que lo moldean

Toda palabra está necesitada de marcos de referencia simbólicos que la hagan ser, que le permitan encarnarse en las situaciones que formula. Cuando el lenguaje toca la realidad trascendente se convierte en metáfora, pero no como un instrumento estético, sino como una honda necesidad que lo define y estructura. La verdad del mensa-

je se convierte en referente de sentido y supera la literalidad de los conceptos. Cuando buscamos desentrañar los contenidos que vienen rubricados como palabra de Dios, necesitamos no sólo creerlos, sino hacerlos creíbles para el propio caminar humano. Este proceso de comprensión no puede basarse en ninguna autoridad previa otorgada a unos textos que se autodefinen como provenientes de la divinidad. Su lectura necesita primero tener algo que ver con nosotros, reconocernos en ellos y poder, más allá de sus formulaciones, encontrarlos con su verdad. Interpretar lo escrito será así una exigencia intrínseca al propio origen de la palabra.

Una nueva hermenéutica

Esta constatación ha llevado a la teología feminista a buscar instrumentos hermenéuticos y exegéticos que hagan que las mujeres puedan encontrarse con la verdad liberadora y salvífica de la revelación. Si bien es verdad que la mujeres siempre hemos leído e interpretado las escrituras, ni en todos los momentos históricos ni todas las mujeres hemos advertido que necesitamos aplicar una hermenéutica que tenga en cuenta las voces y los silencios, los modelos y las ideas que sobre nosotras residían en la escritura y en la tradición cristiana, para poder hallar un nuevo marco referencial, que nos permita hacer nuestra la palabra de

Dios, de una forma nueva, significativa y liberadora.

La hermenéutica feminista es consciente de su pluralidad y de su necesaria contextualización. Sabe que los datos y los hechos nacen ya interpretados y que no se trata de ser neutrales, si no de liberar las tradiciones que se quedaron en el camino y de hacer posible una comunidad de iguales donde el poder sea democrático y las relaciones inclusivas.

La constatación inicial de los silencios y de las ausencias de las mujeres en la biblia ha llevado a muchas teólogas a caer en la cuenta de que el discurso religioso no era neutro, sino que además el imaginario simbólico y las construcciones identitarias estaban claramente sesgadas. Esto disparó la alarma sobre las posibilidades hermenéuticas de reconfigurar las imágenes femeninas que habían permanecido en los textos. Porque no sólo era necesario buscar las voces acalladas, sino también levantar gruesas capas de interpretación androcéntrica que deformaban los testimonios de muchas testigos.

El simple hecho de recuperar los textos sobre mujeres no asegura que consigamos acercarnos a su realidad, y menos a su relevancia histórica. La huella de las mujeres en los textos no está exenta de la influencia de la cultura patriarcal, de sus definiciones y de sus símbolos. Cuando se reconstruyen los contextos originales hay que tener

en cuenta que la historia no es una descripción transparente de la realidad, los hechos no están ahí para ser recogidos como objetos, sino que son configurados por el propio historiador con los datos que selecciona.

Leer desde una perspectiva de género

Del mismo modo, el acercamiento a los relatos sobre mujeres en la biblia y en la historia del cristianismo está siempre condicionado por la conciencia que el teólogo o la teóloga tenga de sus condicionamientos ideológicos y sociales, desde los que detectará cuáles son las preguntas que el texto puede suscitarle. En este sentido es muy importante tener en cuenta que aplicar una perspectiva de género a los documentos cristianos no es parcializar la mirada, sino ahondar en los resquicios que otras miradas dejaron a partir de lo que ocultaron o menospreciaron.

La posibilidad de leer el texto desde una perspectiva de género es situarse como lector/a renuente, es decir, que no se deja convencer de que lo que el texto confirma sea lo “normal”, a la vez que hace un desplazamiento en los roles sociales asignados, buscando apropiarse también de la autoridad y prerrogativas que la cultura patriarcal concede exclusivamente a los varones, a partir de un lenguaje explícitamente inclusivo.

Pero sólo con hacer presentes a las mujeres no conseguimos liberar su recuerdo. Es necesaria una recreación imaginativa que busque actualizar las historias y las palabras de las mujeres sin dejarse atrapar por el marco androcéntrico en que fueron recordadas. Hay que aplicar, en palabras de Schüssler Fiorenza una hermenéutica de la sospecha, para no quedarse sólo con la narración, sino también con su función en el texto y en su contexto original, porque no es suficiente abstraer los relatos de su contexto, hay que hacer una lectura atrevida a partir de las marcas opresoras de los textos y elaborar categorías alternativas que rompan con determinados cánones identitarios y ortodoxos que se fosilizaron en la cultura y se hicieron definitivos.

Traer a un primer plano a las mujeres que de algún modo dejaron su huella en la tradición y en la escritura, significa también tener en cuenta cómo se interpretaron tradicionalmente esos textos donde aparecían. Toda lectura, sea de un texto o de una imagen, provoca un posicionamiento que nunca es neutral, sino provocado por nuestros códigos existenciales de referencia. Si fuimos educados en una fe que consideraba a los varones el prototipo de humanidad, no debiera extrañarnos que la imagen definitiva de Dios se identifique con la masculinidad de Jesús y que la palabra más apropiada para nombrarlo sea “padre”. Estamos habituados a considerar lo mascu-

lino como inclusivo y no percibimos la carga de significados que conlleva y su capacidad de alienación. Si consideramos, por ejemplo, que el término discípulo es masculino, decidimos que los seguidores de Jesús eran sólo varones, admitiendo por lo tanto implícitamente que las mujeres no alcanzan ese rango; entonces, si no lo alcanzan, ¿qué papel juegan en la construcción de la iglesia? ¿Qué tipo de buena noticia es para ellas el evangelio?

La interpretación femenina incide mucho en todo esto y está reclamando una reforma litúrgica que dé más protagonismo a las mujeres y utilice un lenguaje más realmente inclusivo. Aunque este tema del género gramatical ha levantado pasiones opuestas, militar en este ejercicio no supone una estrategia feminista, pues atender sólo al género gramatical no anula los significados de los textos: es necesario hacer también una lectura crítica de todo el texto y llegar a una traducción histórica y teológicamente adecuada. Debemos atender no sólo a la gramática lingüística sino también a la gramática cultural que define comportamientos, estrategias de poder, prejuicios y exclusiones.

Las teólogas feministas quieren denunciar estos engaños nacidos de la cultura y proclamar que el Dios que se anuncia en la biblia es también suyo, aunque les haya llegado mediante una tradición religiosa que muchas veces ha actuado en su contra. La historia, la sociología, la

narratología o la antropología cultural e incluso la crítica textual se han convertido en valiosos instrumentos en orden a rescatar aspectos ignorados y a formular nuevos marcos de referencia.

Contextualizar la revelación del discurso creyente

La tarea hermenéutica de la teología necesita que las distintas estrategias interaccionen de modo que, superado el positivismo de las fuentes, aprovechando las contradicciones y los silencios de las mismas, den pie a nuevos modelos de reconstrucción histórica que superen los dualismos, las ideologías o las ambigüedades.

En este proceso es importante no sólo dirigirse a la academia sino también a los ámbitos de los movimientos de mujeres. El horizonte es cambiar la realidad, denunciar las funciones ideológicas que la biblia y la tradición han tenido a la hora de legitimar una forma de entender el mundo y las relaciones humanas, y no sólo desde los marcos del pensamiento intelectual, si no también de la praxis diaria que, en definitiva, es la que refuerza o transforma la vida.

La hermenéutica de los textos, si no es un mero juego intelectual, debe ir más allá del significado de los textos y atender a los efectos de esos significados y a cómo se producen. Debe entender que el lenguaje no es neutro y el uso que

de él se haga produce las ideas y representaciones simbólicas que luego ejercen su poder legitimador en la cultura que lo utiliza

Poner de manifiesto que gran parte del discurso creyente tiene un marco cultural patriarcal y una cosmovisión androcéntrica es algo que no lleva por sí solo a la transformación: hay que leerlo de forma diferente, hay que hacer nuevas preguntas, hay que recrear nuevos escenarios, para hacer posible que la revelación de la que es portador el discurso creyente se contextualice de nuevo.

En definitiva, si la buena noticia del evangelio es salvación y liberación encarnada, el feminismo y la palabra de Dios no pueden hacer otra cosa que encontrarse.

Conclusión

Estas pequeñas pinceladas, que describen el amplio horizonte donde hoy se está moviendo la reflexión teológica que asume en su discurso la perspectiva feminista, han querido ser una aproximación a los desafíos que se proponen desde ella, y también una invitación a la lectura de la importante obra de muchas mujeres y algunos hombres que, desde un serio empeño intelectual, quieren dar una respuesta actualizada a las demandas que el feminismo y, con él, el nue-

vo paradigma que está emergiendo hacen no sólo a la sociedad, sino también a la fe.

Sus preguntas, inquietudes y certezas han de ser para nosotros espacio donde poder dialogar, recordar y cambiar. Si el evangelio ha de ser una buena nueva para los hombres y las mujeres de hoy, no podemos ignorar el camino emprendido por la teología feminista. Ella aporta el frescor de lo nuevo y también la sabiduría de lo que permanece. Con sus luces y sombras tiene esa vocación profética que sabe callar ante el misterio, pero es capaz de gritar contra la injusticia, de ser voz de las viudas y los huérfanos de la historia, haciendo posible una vez más que la revelación se encarne y pueda seguir siendo respuesta a los anhelos y esperanzas del ser humano.

El perfil biográfico de tantas mujeres teólogas que con su reflexión y compromiso iluminan las luchas de muchos seres humanos que, testarudamente afincados en la esperanza, siguen soñando “con un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia”, hunde sus raíces en una tierra social y culturalmente encarnada en la que ellas van abriendo surcos, con esfuerzo y pasión, haciéndolos capaces de acoger las semillas y dar los frutos que hacen posible que hoy exista, con sus logros y dificultades, la teología feminista.

Tradujo y condensó: ÁNGEL RUBIO I GODAY